

La percepción del "otro". Domingo Elizondo y los seris y pimas rebeldes de Sonora (1767-1771)¹

Uno de los aspectos más interesantes en el contacto entre diferentes pueblos es el que toca a las relaciones de alteridad. La proximidad con hombres de latitudes y culturas distintas conlleva una serie de interrogantes respecto a la naturaleza de ese "otro", de su cosmovisión, de sus costumbres y de su lengua. En el proceso de reconocimiento la actitud del inquiridor —más si se trata de un conquistador— suele ser de "superioridad" con relación al grupo humano que ha sido sojuzgado. Esto se explica, según Melville Herskovits, por un mecanismo primario conocido como "etnocentrismo", que es consustancial a la mayor parte de los individuos, mediante el cual el propio modo de vida de uno es preferible al de todos los demás.² En esa relación vertical, el "otro" es considerado como un ser "inferior" e incapaz de interactuar en el mismo plano y con las mismas prerrogativas.

No se intenta simplificar aquí el complejo mecanismo que se puede entablar entre agrupaciones diferentes; lo único que se pretende es establecer un punto de partida que nos permita comprender el texto que a continuación se comenta, respecto a los esfuerzos militares emprendidos por los españoles para conser-

Pilar Máñez. Doctora en Lingüística Hispánica, adscrita al Programa de Investigación de la ENEP Acatlán.

José Luis Mirafuentes. Doctor en Historia, investigador del Instituto de Investigaciones Históricas.

¹ Una versión más amplia de este artículo será publicada por el INAH en las Memorias de la "Reunión de los Amigos de las Lenguas Yutoaztecas (2002)".

² Ver *El hombre y sus obras*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1976, p. 82.

var sus enormes posesiones en el norte de México, y la mirada de éstos —específicamente del autor, Domingo Elizondo— hacia sus adversarios indígenas.

Se trata de un interesante testimonio en el que se puede constatar claramente un cambio de apreciación con respecto a ese "otro", que en un primer momento y por una postura etnocentrista, es calificado por Elizondo como "bárbaro" e "irracional", pero que a través de un continuo contacto es comprendido y justificado. En este sentido, la percepción del "otro" en el documento que trataremos no es estática; va modificándose y adquiriendo distintos matices y significados en el transcurso de la narración, los cuales se manifiestan mediante diversos recursos lingüísticos.

El manuscrito de Elizondo lleva por título *Noticia individual de la expedición militar de Sinaloa, Ostimuri y Sonora: su éxito feliz y ventajoso estado en que, por consecuencia de ella, quedan tranquilizadas las tres provincias, con la total rendición de los indios rebeldes que de mucho tiempo las hostilizaban*.³ Fue publicado apenas hace tres años,⁴ se encuentra en el Archivo General de la Nación en el ramo de Correspondencia de virreyes, y es el informe más completo de dicha expedición; existen también otras versiones resumidas, algunas publicadas y otras conservadas en el Palacio Real de Madrid y en el Museo Británico.⁵ Una copia del texto que aquí utilizamos se localiza en el Archivo General de Indias.⁶

La importancia de este informe reside en su valor testimonial respecto a los esfuerzos de guerra extraordinarios efectuados por las autoridades generales de México, entre 1766 y 1767, para organizar y hacer llegar hasta Sonora un cuerpo expedicionario de 502 efectivos, con el fin de conservar la presencia española en esa apartada región, amenazada por los rebeldes seris y pimas, que llevaban más de 15 años levantados en armas. Asimismo, el texto aporta valiosa información acerca de los recursos de las tropas ex-

³ Archivo General de la Nación, Correspondencia de virreyes, primera serie, vol. 29, núm. 528, fs. 20-110.

⁴ El Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México publicó la *Noticia de la expedición militar contra los rebeldes seris y pimas del Cerro Prieto, Sonora, 1767-1771*, de Domingo Elizondo. Edición, introducción, notas y apéndices de José Luis Mirafuentes y Pilar Máynez, 1999, p. 110.

⁵ Como la *Noticia breve de la expedición militar de Sonora y Sinaloa, su éxito feliz, y ventajoso estado en que por consecuencia de ella se han puesto ambas provincias*, edición fascimular publicada por Vargas Rea en 1951; *Extracto histórico de la expedición de Sonora contra las naciones de indios infieles para resguardo de sus fronteras y el de la península de California para régimen de nuevo gobierno y población, a cargo aquella de don Juan de Pineda y don Domingo Elizondo; y ésta, con la agregación de la de Monterrey, al de don José de Gálvez, desde el año de 1766 hasta el de 17*. *Progresos, costos y estado* que se localiza en el Palacio Real de Madrid, Miscelánea Ayala, t. x, sig. 2824, f. 81; y *Extracto histórico de la expedición de Sonora, progresos, costos y estado*, conservado en el Museo Británico, Add. 13986.

⁶ Ésta fue publicada en *Empire of Sand. The Struggle for Spanish Sonora, 1645-1803*, compiled and edited by Thomas E. Sheridan. Tucson: The University of Arizona Press, 1999.

pedicionarias, esto es, las características de su contingente y armamento, y la relación de los víveres con que contaban. Por supuesto también se refiere, y de manera por demás amplia y minuciosa, al desenvolvimiento de las operaciones militares de dichas tropas, así como a las cambiantes tácticas de lucha, las escisiones y el proceso de sometimiento de los rebeldes durante el desarrollo de la expedición militar, que abarcó de 1768 a 1771.⁷

El manuscrito está constituido por ciento diez folios recto y vuelto, que se indican en la parte superior derecha. Las hojas tienen una medida de 21 cm de ancho y 30.5 cm de largo. La letra del documento es uniforme y menuda, y el trazo aparece ligeramente inclinado hacia la derecha. Se incorporan a lo largo del escrito cinco cuadros que contienen el registro de los oficiales y el número de participantes en la campaña.

A lo largo del informe de Domingo Elizondo aparecen, de manera sistemática, una serie de abreviaturas, como v.e = vuestra excelencia, si = su ilustrísima, pnte = presente, entre otras muchas más. También se advierte el empleo peculiar de algunos grafemas o la carencia de ellos, según lo establecen las reglas ortográficas actuales como: *vevido*, *basallo*, *xamas*, *mugeres*, *semexante*, *uracanes* y *achas*.

Antes de iniciar el análisis de dicho texto resulta importante presentar un breve esbozo de su autor, así como de los seris y pimas altos rebeldes. Lamentablemente es muy poco lo que sabemos de nuestro personaje. Se ha sostenido que era oriundo de Lérida, una región que formaba parte del antiguo reino de Aragón; sin embargo, el origen vasco de su apellido, su filiación a la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País y el viaje con licencia para atender asuntos personales en Navarra, siendo gobernador y capitán general del puerto de Acapulco, nos hace suponer su procedencia vasca.⁸ De su trayectoria militar, únicamente sabemos que combatió en Italia.



⁷ Para una descripción amplia de los seris y pimas y su movimiento de rebeldía véase *Noticia*, estudio introductorio.

⁸ Véase Dolores Brown. "Cartas de Elizondo a Pineda: aproximación al español hablado del siglo xviii". En *Memoria del IX Simposio de Historia y Antropología de Sonora*. Hermosillo, Sonora: Universidad de Sonora, 1985, p. 228.

En cuanto a los seris y pimas, formaban parte de la población autóctona de Sonora al momento de su contacto con los españoles. Los primeros llevaban un modo de vida nómada y se dedicaban a la caza, la recolección y la pesca.

A principios de 1766, ya en Nueva España y con el grado de coronel del Regimiento de Dragones de España, es designado por el virrey marqués de Croix comandante de las tropas expedicionarias, que partirían con destino a Sonora para combatir a los seris y pimas. Elizondo quedó bajo las órdenes del entonces gobernador de esa provincia, Juan de Pineda, quien tuvo a su cargo la realización de la campaña contra los sublevados; hemos de decir, sin embargo, que Domingo Elizondo terminó al frente de la expedición y aun del gobierno de Sonora y Sinaloa en 1770, a causa de las graves enfermedades que padecía por entonces el gobernador Pineda. Regresa a la capital del virreinato el 13 de agosto de 1771, donde redacta su *Noticia de la expedición militar a Sonora*, que concluye ese mismo año.⁹ Como vemos mediante este somero esbozo, se trata de un militar ilustrado perteneciente a una de las corporaciones del ejército español más renombradas; hombre de evidentes intereses culturales, según se constata por su filiación a la Sociedad Vascongada y por sus notables esfuerzos por comprender el comportamiento de sus adversarios indígenas y las causas que los llevaron a sublevarse, como veremos más adelante.

En cuanto a los seris y pimas, formaban parte de la población autóctona de Sonora al momento de su contacto con los españoles. Los primeros llevaban un modo de vida nómada y se dedicaban a la caza, la recolección y la pesca. Estaban divididos en distintas agrupaciones y éstas, a su vez, en varios grupúsculos del nivel de la banda. Regularmente se hallaban en guerra entre sí y con las sociedades tribales de los alrededores, como los yaquis, los pimas bajos y los pimas altos. Sus dominios se localizaban en las áridas llanuras occidentales, que iban desde la desembocadura del río Yaqui, al sur, hasta el río Concepción, al norte; y desde el río San Miguel y la parte baja del río Sonora, al oriente, hasta la costa y la Isla Tiburón, al poniente.

⁹ Bucareli comunica al mismo Arriaga lo siguiente: "... se ha verificado la conclusión del diario de operaciones militares de la expedición de Sonora, que quedaba formando el coronel de dragones don Domingo Elizondo", carta del virrey Antonio María de Bucareli a Julián de Arriaga. México, 27 de agosto de 1771, AGN, Correspondencia de virreyes, primera serie, v. 29, núm. 528.

Los pimas altos, por su parte, tenían una forma de vida distinta a la de los seris: eran semisedentarios; y aunque también practicaban la caza y la recolección, vivían principalmente de la agricultura. Radicaban en pequeños caseríos un tanto dispersos, localizados en las proximidades de los ríos, y estaban divididos en varias agrupaciones autónomas, al igual que los seris. En conjunto, los pimas abarcaban un amplio territorio al norte de Sonora, el cual se localizaba, grosso modo, entre el río Magdalena al sur, y el río Gila, al norte; y entre el río San Pedro, al este y noreste, y las cercanías de la costa, al oeste.

Tanto los seris como los pimas altos se habían mantenido muy débilmente sometidos al control español, desde que los misioneros jesuitas se dieran a la tarea de congregarlos en pueblos y convertirlos al cristianismo hacia el último cuarto del siglo XVII. La causa de ello, en buena parte, se debía a las fugas y deserciones continuas de unos y otros indios, que se resistían a vivir de fijo en los asentamientos de misión. Esta actitud y comportamiento fueron más acentuados entre los seris, y no sólo por los problemas que enfrentaban para abandonar su nomadismo y otras de sus formas tradicionales de vida, sino ante el peligro que representaba para ellos su asentamiento permanente en las misiones, donde eran vulnerables a los ataques de sus viejos vecinos. Por otra parte, y del mismo modo que los pimas altos, no tuvieron mayores dificultades para escapar de sus pueblos, en los que los misioneros no siempre gozaban de suficiente autoridad y la vigilancia de los soldados presidiales era débil y, en no pocos casos, virtualmente inexistente.

En 1748 y 1751, respectivamente, los seris y pimas se levantaron en armas como protesta contra las prácticas autoritarias, abusos, malos tratos, etcétera, ligados a los intentos de las autoridades generales de someterlos más cabalmente a su dominio. Y, no obstante los actos represivos de que fueron objeto, lograron

Los pimas altos, por su parte, tenían una forma de vida distinta a la de los seris: eran semisedentarios; y aunque también practicaban la caza y la recolección, vivían principalmente de la agricultura.

El documento resulta de especial interés porque en él se puede apreciar, entre otras cosas, la transformación de Elizondo con respecto al proceso de pacificación en Sonora.

mantenerse en rebeldía e impulsar sus movimientos luego de unir sus fuerzas y tomar como refugio principal el Cerro Prieto. Este lugar se conocía también como la serranía de Santa Rosa y se ubica al sur del actual estado de Sonora, entre la Sierra Madre Occidental al este, la costa, al oeste, y el río Yaqui al sur. Se trata de una intrincada sucesión de cerros y cañadas que, en conjunto, formaban una fortaleza impenetrable para los españoles. Allí, los sublevados lograron desafiar con tanto éxito al ejército presidial español que, en la fecha en que Domingo Elizondo acudió a combatirlos, habían empezado a ganarse la alianza de otros grupos nativos y prácticamente se hallaban a punto de expulsar a los colonos españoles de la región.¹⁰

Entrando ya más en materia y por lo que toca a las actitudes de los españoles en relación con los seris y pimas, el documento resulta de especial interés porque en él se puede apreciar, entre otras cosas, la transformación de Elizondo con respecto al proceso de pacificación en Sonora. Este cambio que va experimentando el coronel durante su campaña militar está estrechamente vinculado con la forma de percibir al adversario. Domingo Elizondo se revela aquí como notable estrategia que es capaz de ir modificando su valoración del "otro", conforme va internándose en su entorno físico y sociocultural. El autor logra traspasar lo que Tzvetan Todorov ha considerado el plano axiológico, que supone un juicio valorativo superficial de esa relación de alteridad, para situarse en el plano praxeológico, que reclama una más amplia comprensión sobre la forma de actuar de ese "otro".¹¹ Es conveniente señalar que cuando Elizondo redactó su informe, se apoyó en los partes militares que rindió junto con el gobernador de Sonora entre 1768 y 1771; en éstos se pueden apreciar los cambios de percepción que fue experimentando el coronel en este lapso.

El autor, por otra parte, establece una distancia respecto a los sucesos que relata a través de diferentes

¹⁰ Véase *Noticia...*, estudio introductorio.

¹¹ En *La conquista de América. La cuestión del Otro*. México: Siglo XXI, 1987, p. 195.

recursos lingüísticos; el frecuente empleo de la forma impersonal y de la tercera persona del singular para referirse a su propia intervención en los hechos imprimen una mayor objetividad al discurso. Veamos un ejemplo:

En el pueblo de San José de Pimas, se convocaron el gobernador de la provincia, don Juan de Pineda, y el coronel don Domingo Elizondo.

Esporádicamente se reproducen en estilo directo las palabras expresadas por los personajes involucrados en el relato, dejándonos, de este modo, ver también la visión de los seris. Así, refiriéndose a una matanza perpetrada a este grupo en 1755 por el entonces gobernador de Sonora, Juan de Mendoza —uno de los causantes del conflicto—, Elizondo transcribe en una de sus cartas la desazón de los indígenas:

Ya no creemos en Dios, ni en el rey, ni en los gobernadores porque se acabó la buena fe y el creer en la paz y así de aquí en adelante no queremos sino matar y que nos maten.

Sin embargo, la redacción no siempre es del todo clara; destacan en el texto amplios y ampulosos períodos en los que se van sucediendo una serie de enunciados subordinados, precedidos generalmente por los pronombres *que*, *quien*, *cuyo*, o por algunos nexos adverbiales o gerundios. Esta larga yuxtaposición de elementos que van encadenándose impide muchas veces una fácil y fluida lectura, dificultad a la que se suma la escasa puntuación que se advierte en el texto:

Luego atacaron al pueblo de Ónavas y hallándolo sin más gente *que* el gobernador y cinco indios, consiguieron apoderarse de él y matar [a] dos hombres y [a] cinco mujeres, e incendiar quince casas, en *cuyas* llamas quedaron reducidos a ceniza cuatro muchachos, de *donde*





pasaron al Placer del Nacimiento en *que* había alguna gente lavando oro, de la *que* mataron tres españoles, ocho indios yaquis, una mujer, y se ahogaron tres muchachos *que[se]* arrojaron al río *huyendo* de los enemigos.¹²

Asimismo, frecuentemente el autor transgrede el orden habitual de los elementos gramaticales de la oración. Mediante el hipérbaton, Elizondo resalta las unidades iniciales del enunciado, a las que confiere un lugar preponderante por su especial significado en la contienda. Veamos los siguientes ejemplos:

En el primer ataque, que fue de noche, hicieron los enemigos bastante defensa, pero el vivo fuego y constancia de la tropa les obligó [a] retirarse a la mayor eminencia de la sierra.¹³

También se identificó en el texto un gran número de adjetivos que funcionan muchas veces como elementos contrastantes entre los dos grupos enfrentados. Así, al referirse a las acciones de los militares en su empresa comenta: "Es *imponderable* la *superior* fatiga que sufrió tan *penosa* y *dilatada* marcha aquella tropa *digna*, *por cierto*, *de todo aprecio*".¹⁴ Por otra parte, en algunos párrafos, los indígenas sublevados son calificados como *bárbaros*, *rebeldes*, *inhumanos* e *irracionales*. Un caso lo tenemos en: "... luego parece preciso buscar otro método para conseguir abatir el insolente orgullo de tan *cruelles fieras* y sujetar la arrogancia con que están".¹⁵ Mediante este procedimiento lingüístico, Elizondo pone de relieve la superioridad del contingente español, que él encabeza, frente a los indígenas.

En efecto, existe aquí un plano axiológico en el que se emite un juicio de valor sobre el "otro", y en el que generalmente ese "otro" resulta, en la relación de alteridad, inferior, malo o salvaje frente al que lo juzga. Pero esta apreciación etnocentrista, dice Melville Herskovits, es connatural a la mayor parte de los in-

¹² Véase *Noticia...*, p. 67.

¹³ Véase *Noticia...*, p. 68.

¹⁴ Véase *Noticia...*, p. 40.

¹⁵ Véase *Noticia...*, p. 5.

dividuos y dimana del proceso de endoculturación, mediante el cual se fortalece "el ego identificándolo con el propio grupo de uno, cuyos modos son aceptados implícitamente como los mejores".¹⁶ Se establece, entonces, una clara referencia a los atributos "racionales y civilizados" que distinguen a los españoles de los sublevados:

Las naciones de indios seris, piatos, sibubapas, roto el freno de la obediencia [...] y sin perdonar en los *racionales* edad, sexo, ni estado, pues todos eran lastimosas víctimas de su *cruel atrocidad*.¹⁷

Así, en esta intrincada relación de alteridad, se puede observar un interesante juego de oposiciones que queda marcado cuantitativa y cualitativamente a través de estos elementos gramaticales.

Atendiendo a las *cruelles* muertes que estos *bárbaros* han cometido [...] Pero la *humanidad* [de los españoles] persuade perdonar las ofensas.¹⁸

No obstante, estas percepciones tan desfavorables con relación al "otro" van modificándose; en el informe del coronel podemos advertir un claro proceso que va desde la reprobación total del ser y del proceder de los sublevados, como se ha visto ya, hasta una franca simpatía hacia ellos que lo lleva, incluso, a justificar sus acciones y comportamientos. En estas posturas extremas encontramos una intermedia; el puente que va aminorar la distancia con el "otro". Domingo Elizondo va atenuando su forma de referirse al enemigo al aludir a la persecución de los rebeldes que llevó a cabo la tropa, y a las diversas estrategias de las que se valieron éstos para confundirla; dice:

... se retiraron la misma noche que caminaba la tropa, con marcha opuesta; estratagema bastante sutil, *para persuadir que no son tan idiotas como algunos pretenden*.¹⁹

En esta intrincada relación de alteridad, se puede observar un interesante juego de oposiciones que queda marcado cuantitativa y cualitativamente a través de estos elementos gramaticales.

¹⁶ En *El hombre y sus obras*, p. 82.

¹⁷ Véase *Noticia...*, p. 3.

¹⁸ Véase *Noticia...*, p. 45.

¹⁹ Véase *Noticia...*, p. 26.

En otras partes también destaca el arrojo de los rebeldes. Esto resulta notable, puesto que generalmente los españoles descalificaban algunas de las formas de combatir de los indios, por ejemplo las emboscadas, como actos de miedo y cobardía.

La acción duró cerca de tres cuartos de hora; el fuego fue muy vivo, correspondido con infinito número de jaras, de que se advierte cuán sobre sí estaban los enemigos, cómo pelean, y que no son tan pusilánimes como los que los hacen los que no los han visto.

Es interesante notar que, a pesar del cambio que va experimentando el coronel respecto a los adversarios, continúa destacando la importancia de las acciones militares de los españoles, que desde su punto de vista eran superiores a las de aquéllos. En relación con lo anterior, decía:

No se necesita expresar el valor con que se portaron los oficiales y soldados, porque, baste decir, que sesenta y cinco se arrojaron a pelear contra cerca de trescientos indios en un bosque donde apenas se descubrían...²⁰

Elizondo llegó a conocer las costumbres e idiosincrasia de los indígenas. En algunos párrafos de la *Noticia* y en otros de su correspondencia revela el coronel una gran sensibilidad, que lo hace interesarse en aquellos hombres tan diferentes a él. En una carta que envía al virrey marqués de Croix desde el Pitic el 3 de febrero de 1771, poco tiempo antes de concluir sus acciones militares, encontramos, al referirse a la conveniencia de no efectuar el desarme de los rebeldes, la siguiente argumentación:

... pues en cuanto sale un indio al campo con cinco palmos de cordel y corta un palo, ya tiene arco, y tomando una porción de varas y (*sic*) les hace punta, [ya] está provisto de flechas; lo cierto es que les sería muy sensi-

²⁰ Véase *Noticia...*, p. 20.

ble por las razones y reflexiones expuestas y mucho más por privarles del grande alivio que tienen en la caza de venados, así para mantener [a] sus familias, como para vestirles con las pieles o con el producto que sacan de ellos.²¹

Al final de su campaña, Elizondo manifiesta un cambio notable de actitud hacia los rebeldes, originado aparentemente por los informes que obtuvo con relación a las causas que motivaron el alzamiento de los seris y pimas. Esta actitud, incluso, lo hace justificar el movimiento de dichos indios; las razones que esgrime el autor con respecto al proceder del "otro" implican, por tanto, una mayor comprensión de las circunstancias y del sentir de su contraparte indígena. Seguramente el coronel tomó en cuenta los casos relatados por sus informantes acerca de los despojos de tierras sufridos por los seris en dos de sus asentamientos, cuando se intentó su más cabal sometimiento, y los castigos corporales que solían aplicar personalmente los misioneros jesuitas a los pimas altos.

Lo cierto es que ni los seris hubieran tumultuado si no los hubieran violentado a dejar sus pueblos ni los pimas y suaquis, si los hubieran tratado con prudencia los padres expulsos.²²

Los indios, dice en suma, fueron provocados por los españoles, de ahí su reacción violenta. Así lo advierte en una misiva:

Para conservar la fidelidad y tranquilidad de estas provincias, no comprende mi corta inteligencia sea necesario de otro medio que el de no hacer novedad alguna que la cause en los ánimos de los indios, tratarlos con amor y dulzura y gobernarlos con prudencia, desterrando la esclavitud que han experimentado y aun experimentan, motivo original por el que se han exasperado muchos y ha sido causa de las sublevaciones que aca-



²¹ Véase la carta que aparece en el apéndice de esta edición, p. 109.

²² Véase *Noticia...*, p. 110.



ban de sujetarse a fuerza de inmensas fatigas y considerables gastos.²³

Es interesante notar cómo Elizondo condena implícitamente a los colonos y a las autoridades españolas de la región; no menos importante es el hecho de que llega incluso a la autocrítica, como leemos en el siguiente párrafo:

Propuse al ilustrísimo señor don José de Gálvez (*sic*) desarmar [a] los rendidos como medio más suave que el extrañamiento resuelto, pero más bien reflexionado este delicado asunto y con el fin importante de asegurar la tranquilidad de los rendidos, con el mayor respeto, hago presente a vuestra excelencia que la operación de desarmarlos agriará en sumo grado a los rendidos, pues como están llenos de recelos y poseídos de su propensa natural desconfianza y el recuerdo de sus enormes delitos, han de presumir y temer que la providencia sea con el fin de matarlos o prenderlos...²⁴

No obstante lo anterior, debemos destacar que el coronel nunca abandona su visión etnocentrista con respecto a los grupos rebeldes; a pesar de reconocer algunas virtudes en ellos, el autor no se aparta de su percepción occidental ni de su sentido de pertenencia al bando triunfante.

... premedito que la más mínima novedad [con los rendidos] ha de causar mucha moción [emoción] en sus corazones y tal vez en su fidelidad, porque el carácter de los indios es gobernarse más por los ojos y por las especies que produce en ellos la experiencia, que por razones que cautivan al entendimiento.²⁵

Esta posición de Elizondo tal vez se deba, entre otras cosas, al éxito de la campaña militar y al afianzamiento consiguiente de la dominación colonial en la región, que pudieron reforzar la concepción del

²³ Carta de Domingo Elizondo al virrey marqués de Croix [s.l.; s.f.]. Carta incompleta.

²⁴ Véase el apéndice 3, p. 108.

²⁵ *Ibid.*, p. 108.

autor respecto a la inferioridad cultural de los indios.

En la *Noticia de la expedición militar* y en algunas cartas de Domingo Elizondo encontramos, así, además del recuento pormenorizado de las acciones militares emprendidas para sofocar los constantes levantamientos de los rebeldes, la apreciación que el coronel tuvo de las reacciones y la forma de proceder de individuos diferentes a él; sobre ese "otro", al principio indescifrable, a quien, como hemos visto, implacable llegó a condenar, y al que poco a poco fue aproximándose y comprendiendo, sin dejar de enjuiciar su comportamiento y algunas de sus formas de vida tradicionales.

